La traducción en el Quattrocento italiano y sus precedentes clásicos y medievales

Traducir a Homero es uno de los grandes retos de la Italia del Quattrocento; por ello, verbigracia, no debe sorprendernos que Poliziano, cuya actividad filológica y creativa constituye una de las cimas de aquella época, iniciara su andadura intelectual, por así decirlo, con la traducción de la *Ilíada*. Tampoco cabe dudar de que la traducción latina del primer poeta griego —y occidental—, intentada a lo largo de la segunda mitad del XIV y durante todo el XV en Italia, constituye, al mismo tiempo, un símbolo y una realidad de la investigación, traducción, estudio y, al cabo, apropiación del mundo clásico en sus dos lenguas principales[1].

La importancia del fenómeno de la traducción en el conjunto de la cultura humanística ha sido ya ponderada, pues "la scoperta di Omero e via via della letteratura, filosofia e storia greca mutò el corso dell'Umanesimo italiano"[2]. Sin embargo, el interés se ha orientado preferentemente hacia el estu-

[1] Probablemente, los estudios más importantes para todo lo relativo a la traducción y apropiación del mundo griego siguen siendo los de Pertusi [1964*a*], aunque aún se hace imprescindible la lectura de G. Voigt [1888-1897; 1968]; para las versiones romances, todavía puede verse Gravino [1896]. Otra aproximación interesante por lo exhaustiva es la de P. O. Kristeller [1963-67]; sin embargo, Homero aún no aparece en su *Catalogus* [1960, 1971, 1976]. Véase también Ronconi [1962 y 1973]; en general, R. Weiss [1969], Anselmi [1981], Reynolds [1983], Gualdo Rosa [1985], Reynolds y Wilson [1986] y Wilson [1994]; sobre autores particulares ya iré detallando poco a poco los estudios. Téngase también en cuenta la bibliografía que ofrece, a partir de 1965, la *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* y obras de tipo general, como las de Highet [1949/54], Gilmore [1952], Bolgar [1963], Gray [1963], Seigel [1968], Thompson [1969], Trinkaus [1970], Buck [1980], Tavoni [1984], Grafton-Jardine [1986], etc., etc.

[2] C. Dionissoti [1971:148], véanse también las pp. 159 ss. y sus obras anteriores [1958 y 1968], y Cantarella [1967]; asimismo, Folena [1973:91]: "La traduzione del greco è una delle componenti essenziali dell'Umanesimo, con l'impostazione bidimensionale e comparativa della cultura classica: il tradurre del greco restò il segnale più esplicito e tangibile della parabola umanistica"; incluso Tateo [1976:28]: "un interesse filologico, ma con un risvolto eminentemente letterario, e più ampiamente culturale, ha il fenomeno delle traduzioni dal greco, che incisero

dio de obras filosóficas e históricas[3]; menor atención se le ha dispensado a las obras poéticas[4], y en el conjunto de las traducciones homéricas, el punto de mira ha sido precisamente Poliziano, que tradujo los cantos II-V entre 1470 y 1475[5]. Salvo honrosas y aisladas excepciones que iré citando gradualmente[6].

La traducción parcial de Pier Candido Decembrio[7] debe inscribirse en el contexto que esbozó R. Sabbadini[8], y su nombre aparece siempre acompañado de algunos humanistas cuya relevancia no puede dejarnos indiferentes, no sólo por la nombradía, sino también por la preocupación manifiesta por el fenómeno intrínseco, o sea, por la traducción en sí. Entre los pioneros, Coluccio Salutati[9], Guarino Guarini[10], Emmanuel Crisoloras[11]. Leonardo

---

profondamente su alcuni settori della letteratura umanistica" (cf. Anselmi 1981). Sobre el impacto de Homero en concreto, Mazon-Chantraine-Collart-Langumier [1937:3-36], Davison [1962], Hooker [1979], Edwards [1987]; cf. Franco Gianotti [1979].

3 Klibansky [1939/81], Garin [1955; 1978] y Hankins [1991] nos ilustran sobre las traducciones humanísticas de Platón; al igual que Resta [1959], Berti [1978], Bottoni [1984], Boter [1989], Steel [1990] y otros. Para las traducciones de Aristóteles, además del citado Birkenmajer, Troilo [1931-32], Garin [1947-50], Lardet [1989]; sobre Plutarco, el citado artículo de Resta y, por ejemplo, R. Weiss [1977:204-226 y 255-277]; de Boecio se ocupa Cropp [1987]; de Aulo Gelio, Gambareale [1969]; véase también D'Alverny [1982; 1989]. Para los hitoriadores, sírvase ver el representativo trabajo de Billanovich [1981-83] o el pionero de Morel-Fatio [1894]; remito de nuevo a las obras generales citadas en la nota 1.

4 No faltan, sin embargo, estudios; v. g., los de Traina [1970], Cecchini-Cassio [1972] y Resta [1978].

5 En el ms. Vat. lat. 3298 figuran el canto segundo y tercer; en el Vat. lat. 3617, el cuarto y el quinto (los describe Maïer 1965:288-290 y 293-294); aquellos los presentó a Lorenzo de Medici en 1472. Véanse S. Orlando [1966], J. Hynd [1967], Pellegrin [1967], Pastore Stoccho [1968], A. Cerri [1977], Emma Baffi [1978-79] y Levine Rubinstein [1982:205-217].

6 Como A. de Petris [1975 y 1981], por más que se refiere especialmente a la "palabra sagrada"; para la que también hay que ver Nida [1964] y Bentley [1983]. También debieran tenerse en cuenta los genéricos trabajos de Amos [1920], Segre [1953], Jeauneau [1958; 1989], Reiff [1959], Fubini [1962], Dunbabin [1972], Roques [1973], Brower [1974], Steiner [1975], F. Bruni [1978], L. G. Kelly [1979], Norton [1981; 1984], Olson [1982], Munk [1982-85], Blatt [1983], Buridant [1983], Chiesa [1987], Rabil [1988], Cavallo [1989], Beer [1989], Billanovich [1989], Rener [1989], Ellis [1989; 1991], Copeland [1991] y Morse [1991]. Aunque más alejada de estos propósitos, debiera verse la edición de Garin [1962] de la *Traductio Demosthenis pro Ctesiphonte* de Lorenzo Valla.

7 De la que ya se ocuparon Ditt [1931], Fabiano [1949] y Zaccaria [1956]: los tres referidos a sus traducciones; más abajo cito estudios sobre la personalidad, formación e intereses culturales del lombardo.

8 Sacó a la luz muchas de las cuestiones a las que iremos aludiendo en estudios como [1922*a*].

9 Véase C. Salutati [1891-1911], especialmente, II, 355-59, donde figura la carta a Antonio Loschi en la que, condenando la burda versión de Homero que hiciera Leonzio Pilato (bajo la supervisión de Boccaccio), le estimula a emprender una nueva versión; véase también p. 480. Complétese con Cinquino [1949], Ullman [1963], Witt [1977] y, abajo, pp. 42-43.

10 Sobre todo, la epístola 58 del *Epistolario* editado por Sabbadini [1915:I]; así como la 2, pp. 4 ss.; la 43, pp. 99 ss. y *passim*. Complétese con Garin [1976:3-4 y *passim*], Hankins [1991:I,119-120] o Rico [1993:44-46]

11 Con ocasión de las misiones políticas al Occidente europeo al servicio de Manuel II Paleólogo, para pedir ayuda militar para sus campañas contra el sultán otomano, dos helenizantes florentinos, Francesco di Dolcino Rossi y Jacopo Angeli della Scarperia (R. Weiss 1977*b*),

Bruni[12], o Poggio[13]. De todos estos humanistas, entre otros, tenemos aproximaciones teóricas al fenómeno de la traducción y, a veces, desviaciones prácticas, cuya causa hay que cifrarla en la falta de adecuación al método, en ciertas imprecisiones en el plano teórico, o, simplemente, en el desconocimiento en mayor o menor grado de la lengua de partida: el griego. Por supuesto, también se aprecian en Decembrio estas discordancias y carencias.

En el pretendidamente ciceroniano *De interpretatione recta*, por ejemplo, escrito por Bruni para avalar la propia traducción de la *Ética a Nicómaco*, afirma que un método correcto es la exacta interpretación del texto, su puntual traducción; sin embargo, como ya observaba correctamente Gravino, "se alla stregua di quegli ideali misurassimo le versioni del Bruni stesso, e'n'uscirebbe con poco cuore"[14]. El propio Crisoloras, que formó a la primera hornada de helenistas, transmitía a sus discípulos la necesidad de una traducción *ad sententiam* ("conversionem ad verbum minime valere"); sin embargo, *ad verbum* tradujo el *De republica* de Platón. Tan "palabra por palabra" vertió a Platón, que los Decembrio, Uberto en primer lugar y Pier Candido después, revisaron el trabajo con la intención de embellecerlo y acercarlo a la *Latinitas*[15].

Con todo, el problema de la desviación práctica respecto de los planteamientos teóricos no puede ser enteramente achacable a los esfuerzos de

---

logran que Crisoloras firme el contrato como profesor de griego en el Estudio General florentino; cargo que le fue ofrecido por Salutati en 1396. Del griego también poseemos noticias a través del mismo Decembrio, elogiosas noticias que abajo analizo. Sus preceptos nos han llegado principalmente mediante el discípulo Cencio de' Rustici; véase L. Bertalot [1975].

[12] De forma casi programática en su *De interpretatione recta* (*ca.* 1424-26), parcialmente editada por H. Baron [1928:81 ss]. También puede verse, abajo, la traducción castellana de su introducción teórica a los tres parlamentos del canto IX de la *Ilíada*. Es asimismo interesante su *Praemissio quasdam ad evidentiam novas translationes Politicorum Aristotelis* (Baron 1928:74) y las epístolas I, 8; III, 19; IV, 1; VII, 4; y X, 24; véanse también Troilo [1931-32], Franceschini [1960], Zaccaria [1967], Cecchini-Cassio [1972], Garin [1978], Berti [1978], Griffiths-Hankins-Thompson [1987], Hankins [1991:I, *passim*]. Tampoco hay que olvidar su célebre polémica con Alfonso de Cartagena sobre el *modus interpretandi* la *Ética a Nicómaco*; a este respecto es célebre el trabajo citado de Birkenmajer, o los de Fubini [1966], Zaccaria [1967], Mascagna [1969], Impey [1972], Di Camillo [1976], Kohut [1977] y Lawrance [1979]; matícese con Salazar [1976], Griffiths-Hankins-Thompson [1987:202-212], González Rolán-Del Barrio [1991] y con los buenos trabajos de Morrás [1989, 1992, 1993, 1994*a*, 1995]; complétese con Vasoli [1991], Saquero-Somonte y González Rolán [1991], Hankins [1991:II,580-581], Mota [1992] y Cinti [1993].

[13] En concreto, la carta-prefacio a la traducción de un diálogo de Luciano, editada ahora por V. Carini [1974:263 ss.]; véase también Poggio [1969:663 ss.] y las epístolas IX, 32, en Poggio [1859]; cf. Hart [1984].

[14] Gravino [1896:43]. Con todo, la importancia de Bruni, su solidez normativa, ha sido subrayada por casi todos los autores (v. g., Folena 1973: 95-103; 1991).

[15] Las palabras de Uberto en el prólogo de su traducción son significativas: "Platonis tandem *De republica* translatio de Graeco in Latinum per virum... Emmanuelem Chrysoloram... Verum quia postmodum linguarum uarietate uerbum ex uerbo redditum nimis incultum ad dissonum uidebatur, ne ex hoc tanti uiri facundia Latinis incultior litteris redderetur... nec a Platonis mente discedere et lectoris animum, sermonis inconcinnitate sublata, orationis qualicumque dulcedine consolari" (*apud* Hankins 1991:II, 526). Véase Bottoni [1984]; en general, Berti [1978], Boter [1989:261-268], Steel [1990:312-313] y Hankins [1991:I,117-154].

Bruni y demás, ni se puede pensar que no actuaba con honradez el Aretino. La dificultad estribaba en querer aplicar los dictámenes ciceronianos sobre la traducción —no del todo entendidos ni asimilados— en un contexto cultural tan distinto del suyo como el Quattrocento italiano. Por ello, antes de entrar en más pormenores, sería preciso hacer un rápido cotejo con las ideas sobre la traducción en la Roma clásica y en la Edad Media. (1) En primer lugar es preciso recordar que en la Italia humanista no se daba la familiaridad con el griego que había en la época de Cicerón, cuyas directrices teóricas hay que juzgarlas desde esta perspectiva. Y aunque los humanistas italianos de aquella época pretendieron apropiarse del mismo concepto de traducción que el Arpinate, resultaba difícilmente practicable por el mínimo desarrollo de los estudios de griego. Tampoco les movía a los italianos el fuerte sentimiento de *aemulatio* y de defensa de la *Latinitas* que anidaba en Cicerón, Horacio o Quintiliano. (2) Otra consideración importante es que en el Quattrocento no se traducía con la misma finalidad que en la Roma clásica, pues la traducción en aquel siglo estaba muy condicionada por la práctica medieval, especialmente por los dictámenes de San Jerónimo, y por una serie de urgencias prácticas.

(1) En seguida se debe recordar que Cicerón expone dos modalidades posibles de traducción: *interpretatio ad verbum*, *verbum e verbo* o similares, y la que se puede definir como *imitatio* o *aemulatio*. Dicha polaridad no se corresponde con las actualmente llamadas traducciones 'literales' y 'libres', porque Cicerón marca la finalidad y acota perfectamente el campo en el que es legítimo utilizar el primer tipo. Según el Arpinate, la traducción *ad verbum* es estrictamente técnica, y su fin es auxiliar, explicar o esclarecer, pero en ningún caso tiene dignidad literaria, de modo que

> *nec converti ut interpres, sed ut orator,* sententiis isdem et earum formis tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus *no verbum pro verbo necesse habui reddere,* sed genus omne verborum vimque servavi. Non enim ea me adnumerare lectori putavi oportere, sed tamquam appendere. Hic labor meus hoc assequetur, ut nostri homines quid ab illis exigant, qui se Atticos volunt, et ad quam eos quasi formulam dicendi revocente intellegant[16].

[16] *De optimo genere oratorum*, V, 14-15; cursiva mía. También en otros muchos lugares: *Acad.*, I, 10; II, 31; *Leg.*, II, 17; *Tusc.*, III, 41; III, 44; *Ad Att.*, VI, ii, 3; *De finibus*, II, 13; III, 15; en III, 35 incluso indica que este tipo de traducción ni siquiera es capaz de trasvasar el original. Griffiths-Hankins-Thompson [1987:210] apuntan cuatro características de la actitud de Cicerón: "(1) that Latin is, at least potentially, as good as Greek as vehicle for philosophical expression, (2) that Latin usage is to be maintained and Latin vocabulary as far as possible is to be employed, (3) that works written in an artistic manner in Greek should have an equally artistic rendering in Latin, and (4) which is in part a consequence of (3) that one should not translate word-for-word 'as do the uneducated', but according to the sense". Cf. también Terencio, *Adelphi*, 11, que usa el giro "verbum de verbo exprimere". Véase en general, Amos [1920], Steiner [1977], García Yebra [1979-80], Chiesa [1987:4-7], Copeland [1991:9-36].

Del texto también se induce que Cicerón anuncia su intención de procurarse un buen modelo romano de oratoria y reforzar su *eloquentia*, pero usando los recursos de la *Latinitas*, o sea, transplantando y naturalizando ("ad nostram consuetudinem") para producir modelos propios de elocuencia. Con lo cual, traducir vale tanto como suplantar retóricamente el original, reinventar la *eloquentia* griega, apropiársela, o, mejor, latinizarla. Semejantes son los asertos del *De oratore*, I, xxxiv, 155 ("sed etiam exprimerem quaedam verba imitando, quae nova nostris essent"); de las *Tusc. disputat.*, II, xi, 26, y de otros muchos lugares. Ni que comentarse tienen tampoco los célebres y complementarios versos de Horacio, rechazando al *fidus interpres* y defendiendo la *aemulatio* de los griegos:

> Difficile est proprie communia dicere; tuque
> rectius Iliacum carmen deducis in actus,
> quam si proferres ignota indictaque primus.
> Publica materies privati iuris erit, si
> non circa vilem patulumque moraberis orbem
> *nec verbo verbum curabis reddere fidus*
> *interpres,* nec desilies imitator in artum
> unde pedem proferre pudor vetet aut operis lex[17].

Todo el afán de Cicerón (y de Horacio) se dirige, por lo tanto, al segundo tipo, según el cual el traductor parte de un modelo griego para rivalizar con él, emularlo o reescribirlo de forma igualmente elegante o incluso superior[18]. Esta operación no tiene como objetivo primordial la ampliación cultural para que puedan acceder más lectores a las obras originariamente en griego, sino el perfeccionamiento de la pericia retórica. Traducir también será, en fin, una manera de retomar una obra griega y reelaborarla con cierta originalidad, como habían hecho Plauto y Terencio con los dramas de la comedia nueva griega; en otro terreno, Livio Andrónico, Nevio, Pacuvio, Afranio, Catulo, etc.[19]; o los filósofos romanos seguidores de las principales escuelas griegas: el neoepicúreo Lucrecio, sin ir más lejos (cf. *De finibus*, I,

[17] *Ad Pisones*, 128-135; cursiva mía. La afirmación, como digo, hay que encuadrarla en el marco de la rivalidad entre las dos culturas, como insiste más abajo: "Nil intemptatum nostri liquere poetae, / nec minimum meruere decus vestigia Graeca / ausi deserere et celebrare domestica facta, / vel qui praetextas vel qui docuere togatas. / Nec virtute foret clarisve potentius armis, / quam lingue Latium, si non offenderet unum / quemque poetarum limae labor et mora" (285-291). Cf. L. G. Kelly [1979].

[18] Cf., por ejemplo, *De or.*, I, xxxiv, 155; *Acad.*, I, 10; *De finibus*, I, 6-7; véase también Reiff [1959:22-38], Seigel [1966], Traina [1970:35-38] o Rener [1989:*s.v.*].

[19] Algunos versos de la *Epistula*, II, 1, de Horacio son significativos: "Ennius et sapiens et fortis et alter Homerus, /... / Naevius in manibus non est et mentibus haeret / paene recens?... / ambigitur quotiens, uter utro sit prior, aufert / Pacuvius docti famam senis, Accius alti, / dicitur Afrani toga convenisse Menandro, / Plautus ad exemplar Siculi properare Epicharmi, / vincere Caecilius gravitate, Terentius arte. / Hos ediscit et hos arto stipata theatro / spectat Roma potens; habet hos numeratque poetas / ad nostrum tempus Livi scriptoris ab aevo" (vv. 50, 53-54, 55-62).

4-6). En este último sentido, traducción es casi sinónimo de *translatio studii*[20]. Cicerón, además, diferencia perfectamente los términos: *convertere* (el más usado), *vertere*, *transferre*, *aemulari*, *imitari* o *sequi* los utiliza para el segundo tipo; mientras que *exprimere* y, primordialmente, *interpretari* —y el sustantivo correspondiente: *interpres*— están especializados para referirse a la traducción 'literal'[21].

Siendo así, el verdadero protagonista de la traducción retórica que postula Cicerón es el "texto de llegada", el latino; no el griego o "de partida". Se explica, entre otros motivos, porque el público al que se dirigía Cicerón era capaz de leer un original griego, pues las clases altas de la Roma de su época eran por lo general bilingües[22]. Por lo mismo, la finalidad del primer tipo de traducción (dar a conocer un texto desconocido) tenía poco sentido. Análoga es el posición de Quintiliano, para quien la traducción (el segundo tipo ciceroniano) participa de la gramática y de la retórica, como un ejercicio más. Siendo así, se sirve de la *abbreviatio*, *amplificatio* y demás *exornationes* de la *elocutio*; también es posible juzgarla desde la perspectiva de la *enarratio*[23], pero sin perder de vista la necesaria emulación[24]. Lo mismo cabe decir de Aulo Gelio, que defiende vigorosamente el principio de la *aemulatio*[25], de Séneca el Viejo o de Plinio el Joven[26]. Todos ellos, entre muchos otros, se afanan por superar la *egestas dicendi* y alcanzar la *copia dicendi*. Y más, porque Cicerón y los otros no se conformaban con la equiparación, quería dignificar la *Latinitas* sin tener que recurrir a demasiados préstamos del griego; al contrario, les movía un afán de desplazar la hegemonía cultural helénica, como subrayaba Horacio: "Graecia capta ferum victorem cepit et artis / intulit agresti Latio" (*Epistula*, II, 1, a Augusto, vv. 156-157).

[20] Cf. Jongkess [1967], Brower [1974], D. Kelly [1978], D'Alverny [1982; 1989], Lusignan [1989], Copeland [1991:*s.v.*].

[21] Véase Serra Zanetti [1961:361-362] y Rener [1989:13-18].

[22] Alrededor del siglo III a. C. la pujante civilización romana ya había entrado en contacto directo con la entonces ya decadente cultura griega; incluso, al decir de Nieto Ballester [1987:109], "las primeras obras conocidas de la literatura latina pertenecen a autores bilingües o incluso trilingües", y trae como ejemplos a Livio Andrónico, Nevio, Ennio o Plauto; la mayoría habitantes del sur de Italia. Cf. Traina [1970:*passim*].

[23] Por ejemplo, la de Esopo: "Igitur Aesopi fabellas... narrare sermone puro et nihil se supra modum extollente, deinde eandem gracilitatem stilo exigere condiscant; versus primo *solvere*, mos mutatis verbis *interpretari*, tum *paraphrasi* audacius *vertere*, qua et *breviare* quedam et *exornare* salvo modo poetae sensu permittitur" (*Inst. or.*, I, ix, 2; cursiva mía; véase también X, v, 2-9). Cf. McKeon [1952:307-309], Kennedy [1972:93; 1980:44-48], Murphy [1976:*s.v.*; 1986:28-31], Copeland [1991:18-26].

[24] Baste ver la *Ins. or.*, X, ii, 28 y cf. Caplan [1970:181], donde afirma que "Oratory burgeoneed forth under Cicero, so that there are very few before his time who can give you pleasure, and none whom you can admire unless he had seen Cicero or had beed seen by Cicero". Cf. Cicerón, *Brutus*, XXVII, 68.

[25] Por ejemplo, *Noc. Att.*, IX, 9; XII, 1; XVII, 10 y 20; cf. Gambareale [1969].

[26] Del primero, véanse sus *Controversiae et suasorie*, I, Pref. 6, donde arremete contra "la insolente Grecia". Plinio el Joven, en sus *Epistulae*, VII, ix, 1-3, defiende la traducción directa e inversa entre los dos idiomas, como una *exercitatio* para practicar las técnicas retóricas y para indicar que tienen la misma riqueza y dignidad literaria.

Distintas son las pretensiones y métodos de los traductores medievales, y por distintas causas, pues (1) no se da la convivencia con el griego y, por tanto, ya no se hablará de reelaboración interpretativa, apropiación o enriquecimiento de la *Latinitas*, etc. En otras palabras: el progresivo desconocimiento del griego por parte del público literario latino entre lo siglos II-IV[27] implica que pierda sentido la *aemulatio* ciceroniana y se tienda cada vez más a una traducción utilitaria. (2) La aparición de las primeras traducciones cristianas, a partir de las más antiguas versiones de libros bíblicos y de obras de Padres apostólicos exigía una reproducción fiel del original, por el respeto a la letra sagrada y para lograr una máxima difusión de las obras, por lo que el literalismo se incrementó hasta límites extremos[28], y ya en los siglos II-III la expresión *interpretari verbum de verbo* perdió la connotación negativa que tenía en Cicerón, Quintiliano o Aulo Gelio. Paralelamente, los verbos *interpretari* y *transferre* tienden a desplazar a los menos técnicos *vertere* o *convertere*, y se pierden *aemulari* e *imitari* con el sentido 'traducir'[29]. Complementariamente, a partir de la expresión *ad verbum*, aparece en estos siglos la complementaria *ad sensum*[30], autorizada por Evagrio y San Jerónimo.

Además, los traductores estaban forzados a diferenciar la traducción sacra de la profana: aquella debía ser forzosamente literal; esta, no[31]. Aunque San Jerónimo, como veremos, quiera tender un puente con el pasado ciceroniano:

> neque vero ut indiserti interpretes faciunt verbum verbo reddidi, nec adnumeravi pecuniam quam mihi per partes dederas, sed pariter appendi ut nihil desit ex sensibus cum aliquid desit ex verbis[32],

donde combina dos asertos ciceronianos: "nec tamen exprimi verbum e verbo necesse erit ut interpretes indiserti solent" (*De finibus*, III, 15); "adnumerare... appendere" (*De opt. gen. orat.*, 14). A pesar de ello, digo, se pliega a las dos variables citadas: fidelidad al original y necesidad, pastoral, de llegar a un gran público. Y así como vimos que para Cicerón (por ejemplo, en *De finibus*, I, iii, 8) *translatio* valía por reelaboración, búsqueda de una *elo-*

[27] Cf. Marrou [1938:44-45].

[28] Este literalismo también se vio favorecido por el frecuente bajo nivel cultural de los traductores, como recuerda San Agustín: "Qui enim escripturas ex Hebraea lingua ex Graeca vertentur, numerari possunt, Latini autem interpretes nullo modo; ut enim cuique primis fidei temporibus in manus venit codex Graecus et aliquantulum facultatis sibi utriusque lingua habere videbatur, ausus est interpretari" (*De doctrina christiana*, II, 11), a pesar de decantarse por las traducciones literales.

[29] Para la evolución histórica de estos términos y acepciones, me remito a los citados Reiff [1959], Gambareale [1969], Folena [1973, 1991], Chiesa [1987], etc.

[30] Serra Zanetti [1961:365].

[31] San Rufino fue quizá el primero en manifestar la tajante división a la hora de traducir los *auctores saeculares* de los otros, "indizio di una consapevole differenza di mentalità, se non di epoca. La dichiarazione... secondo cui lo scopo del traduttore è 'fructum proficientium quaerere' si pone in aperta polemica con le traduzioni di carattere retorico-scolastico" (Chiesa 1987:13).

[32] *Ep.* 114, 3 (*apud* Serra Zanetti 1961:394-395).

quentia suficiente para el latín y demás propósitos afines, en San Jerónimo —mucho más cercano a la latinidad clásica de lo que se suele pensar—, la premisa mayor desaparece y la elocuencia tiene un sentido instrumental. En su prefacio a la traducción de los *Canones* de Eusebio (adelanto de su famosa epístola 57, *ad Pamachium*, verdadero manifiesto del *ars vertendi* medieval), echa mano de este concepto de *eloquentia* —con ecos ciceronianos y horacianos—, pero más como una *apologia* que como programa prescriptivo, consciente de su insuficiente conocimiento del griego y limitado latín:

> ...unde et noster Tullius Platonis integros libros ad verbum interpraetatus est... in quo opere ita saepe aureum illud flumen eloquentiae quibusdam scabris et turbulentis obicibus retardatur, ut qui interpraetata nesciunt, a Cicerone dicta non credant: difficile est enim alienas lineas insequentem non alicubi excedere, arduum ut quae in alia lingua bene dicta sunt eundem decorem in translatione conservent. Significatum est aliquid unius verbi proprietate: non habeo meum quo id efferam, et dum quaero implere sententiam, longo ambitu vix brevis viae spatia consummo. Accedunt hyperbatorum anfractus, dissimilitudines casuum, varietas figurarum, ipsum postremo suum et ut ita dicam vernaculum linguae genus. Si ad verbum interpraetor absurde resonat; si ob necessitatem aliquid in ordine, in sermone mutavero, ab interpraetis videbor officio recessisse[33].

Como vemos y veremos, San Jerónimo declara que se ve obligado a modificar el texto original, lo que podría hacernos pensar que su método no es tan disparejo del de los traductores clásicos. Sin embargo, en seguida nos advierte de que ha tenido que desarrollar "et interpretis et scriptoris in parte officio", o sea, que ha tenido que desdoblarse en traductor y comentador o exegeta y, por lo tanto, echar mano de sus métodos y técnicas: *enarratio*, *explanatio* o similares[34]. De lo que también se desprende que para él la atención prioritaria se debe al texto original; vale decir: la calidad de la traducción se medirá en función de la fidelidad al texto. Insiste, por lo tanto, en respetar la *veritas*, con el sentido de 'mensaje exacto del texto de partida'[35].

Queda por resolver, consecuentemente, con qué método de traducción se acerca más el traductor a la verdad, al texto original. Según San Jerónimo, depende del texto: en los sagrados importa respetar la literalidad[36], o sea,

[33] Fotheringham [1923:3-4].

[34] Cf. Parkes [1976], Minnis [1988:15-16] y Copeland [1991:179-220 y *passim*].

[35] "... postulans, ut Graecam veritatem servaret Latina translatio, et in utramque partem, seu ben seu male dixisset ille, qui scripsit, absque interpretis patrocinio Romana lingua cognosceret" (*Ep.* 124, 1; véase también *Ep.* 57, IX, 7, etc.); insiste también en el prólogo a los Evangelios (*PL*, XXIX, col. 527).

[36] Como se encargará de remachar San Agustín en ocasión de subrayar las diferencias entre el texto hebreo de la Biblia y la versión de los Setenta, pues aquel está inspirado por Dios: "quae autem non praetermissa vel addita, sed aliter dicta sunt, sive alium sensum faciant etiam ipsum non abhorrentem... Si ergo, ut oportet, nihil aliud intueamur in scripturis illis, nisi quid per homines dixerit Dei Spiritus, quidquid es in Hebraeis codicibus et non est apud interpretes septuaginta, noluit ea per istos, ser per illos prophetas Dei Spiritus dicere." (*De civ. Dei*, XVIII, 43).

hay que traducir *verbo ad verbum* —en términos actuales: respetar el significante—, pues puede encerrar algún contenido simbólico o *mysterium*:

> Ego non solum, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum *absque Scripturis Sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est,* non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu[37].

En los profanos, donde el *ordo verborum* no importa, recomienda la oportunidad de traducirlos *sensus de sensu* (respetando el significado), con lo que también se consigue llegar a un público más amplio y permite la utilización de recursos de la retórica, aunque con finalidad pastoral. Así, paradójicamente, resulta que la traducción *ad sensum* es la que permite ser embellecida y dotada de claridad, de *decus* y ευφωνια[38]; mientras que la traducción *ad verbum*, normalmente ejecutada como imitación ramplona (κακοξηλια), es la causante de κακορωνια. Aun así, tiene muy claro el citado principio del respeto de la *veritas* del texto original. En la epístola 57, v, 5, lo declara abiertamente: "quam vos veritatem interpretationis, hanc eruditi κακοξηλια nuncupant". La *veritas*, a su vez, no debe confundirse con la *fidelis interpretatio*[39], que utiliza para hablar de literalismo y asocia con la traducción *ad verbum*: la propia de los textos bíblicos y afines, que se ha de respetar siempre que el excesivo literalismo no obstaculice la difusión y la comprensión del mensaje. Abajo comprobaremos que la actitud y método de Cartagena o el Tostado son muy parecidos, si no los mismos.

A pesar de los pesares, San Jerónimo defiende la traducción *ad sensum*, "absque scripturis sanctis", como indica en la citada epístola 57, trayendo los pasajes citados de Cicerón, Horacio y el suyo propio incluido en la traducción del *Eusebio*:

> Habeoque huius rei magistrum Tullium... Sufficit mihi ipsa translatoris auctoritas, qui ita in prologo earundem orationum locutus est: 'putavi mihi suscipiendum laborem utilem studiosis, mihi quidem ipsi non ncessarium. Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter seque contrarias, Aeschini et Demosthenis, nec converti ut interpres, sed ut orator, sententiis isdem et earum formis tam quam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non pro verbo verbum necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi. Non enim me ea adnumerari lectori putavi oportere, sed tamquam adpendere'... Sed et Horatius, vir acutus et doc-

[37] *Ep.* 57, I, 2, cursiva mía. El *ordo verborum*, como indica Chiesa [1987:16], a partir de Juan Escoto Eriúgena, "significherebbe non la successione delle parole, ma un sistema linguistico definito. Si può pensare che Girolamo intendesse nel complesso l'espressione linguistica'".

[38] Baste ver *Ep.* 106, 3; *Ep.* 57, V, 5 ("decus et elegantia"); *Ep.* 97, 3 ("in qua... laborase me fateor, ut verborum elegantiam pari interpretationes venustate servarem"); *Ep.* 106, 54 ("et hoc nos sequimur ut ubi nulla de sensu est immutatio, Latini sermonis elegantiam conservemus"), etc., etc.

[39] En la *Ep.* 106, 3, la *fides interpretationis* la contrapone a la *proprietas linguae*, término que ya se encuentra en Quintiliano, *Ins. or.*, I, proem., 16. Véase Schwarz [1944; 1955:*s.v.*].

tus, hoc idem in arte poetica erudito interpreti praecipit: 'nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres'... Cum Eusebii *Chronikon* in Latinum verterem, tali inter cetera praefatione usus sum: 'difficile est alienas lineas insquentem non alicubi excedere'...[40].

Nótese que, además de conocerlos, el Santo, muy hábilmente y en defensa de su *ars*, conjuga a un orador, Cicerón, y a un poeta e "in arte poetica erudito", Horacio; siempre, claro, que se trate de traducir textos profanos[41]. De todo ello se induce que San Jerónimo aboga por el rescate del significado textual —de su *veritas*— a la hora de interpretar textos que no exijan ser transmitidos literalmente como los bíblicos. A la vista de estos asertos, la asociación del nombre de San Jerónimo con la traducción *ad verbum* es parcialmente falsa. Mucho más partidario de esta modalidad será el otro Padre de fines del siglo IV, Rufino[42], también interesado por la finalidad pastoral, pero con los necesarios cortes de censura, propia y ajena (véase la *Apologia contra Hieronymmum*, I, 10).

La defensa, todo lo parcial que se quiera, de aquella modalidad —*ad sensum*— por parte de San Jerónimo no implica, claro, que asuma las condiciones de la *conversio* ciceroniana con sus características *aemulatio*, *imitatio* y demás, sino que opta por una traducción, diríamos, utilitaria, que recoja el sentido del texto original, pero sin la impedimenta retórica que adornaba las de Cicerón. Al privilegiar la necesidad de preservar el sentido del texto original, le está dando la vuelta a las premisas del Arpinate. Así lo recogerá San Gregorio Magno[43] y así lo hará constar la mayoría de traductores medievales, incluidos los más conocidos de nuestro siglo XV.

No obstante, el giro semántico y conceptual que da Jerónimo al *fidus interpres*, abogando por la búsqueda del significado textual, pudo ser entendida, y se entendió, como una defensa del literalismo. Así, por ejemplo, lo interpretó Boecio[44], para quien lo esencial es la *rerum cognitio* (o sea, la uti-

[40] *Ad Pamachium de optimo genere interpretandi*, en Bartelink [1980]; cambio algunas grafías y puntuación.

[41] Véase L. G. Kelly [1979:180-181]; no obstante, Cuendet [1933:400] había matizado que "somme toute, Cicéron et saint Jérôme ont attent le but qu'ils s'étaient assignés: l'un a donné à la traduction l'éclat d'une oeuvre originale, l'autre a réalisé une copie fidèle".

[42] "In ceteris autem, quantum potuimus, operam dedimus, non solum a sententiis, sed ne a sermonibus quidem satis elocutionibusque discedere. Quae res, quamvis minus ornatum, magis tamen fidele narrationis reddet eloquium" (*Recognitiones Clementis*, en *PL*, XX, pp. 281-282).

[43] "Indicamus praeterea quia gravem hic interpretum difficultatem patimur. Dum enim non sunt qui sensum de sensu exprimunt, sed transferre verborum semper proprietatem volunt omnem dictorum sensum confundunt. Unde agitur ut ea quae translata fuerint nisi cum gravi labore intelligere nullo modo valeamus" (*Epistulae*, X, en Hartmann 1899:II,258).

[44] "Secundus hic arreptae expositionis labor nostrae seriem translationis expediet, in qua quidem vereor ne subierim fidi interpretis culpam, cum verbum verbo expressum comparatumque reddiderim. Cuius incepti ratio est quod in his scriptis in quibus rerum cognitio quaeritur, non luculentae orationis lepos, sed incorrupta veritas exprimenda est. Quocirca multum profecisse videor, si philosophiae libris Latina oratione compositis per integerrimae translationis sinceritatem nihil in Graecorum litteris amplius desideretur" (*In Isagogen Porphyrius*, en *PL*, XLVIII, p. 135).

litaria 'extensión del conocimiento'[45]) y la *incorrupta veritas* (entendida como 'el exacto conocimiento de los autores'), que hay que anteponer al *luculentae orationis lepos*. Por eso reclama para sí el apelativo de *fidus interpres*, incluso cuando se aplica a las traducciones laicas y so pretexto de conservar intacto el significado del texto del partida.

Las teorías sobre el *modus interpretandi* fueron escaseando progresivamente, pues poco sentido tenía discutir sobre el método cuando el fin principal es explicitar el contenido, e incluso reelaborarlo con las *explanationes*, *enarrationes* y afines. Porque estaban convencidos —o querían estarlo— de que "neque enim possunt, quamvis optime composita, ex alia in aliam linguam ad verbum sine detrimento sui decoris ac dignitatis transferri"[46].

La situación se modificó durante el período carolingio, a pesar de que el conocimiento del griego no mejoró demasiado. Pero el afán de la monarquía carolingia por hacerse con varios *corpora* de autores griegos —convencidos los curiales de la *translatio studii*— incrementó las exigencias filológicas de traductores como Ilduino o Juan Escoto Eriúgena:

> haec igitur nostra, qualicumque sit, translatio, non quidem prolixae indiget, ut arbitror, apologiae... Si obscuram minusque apertam praedictae interpretationis seriem iudicaverit, videat *me interpretem huius operis esse, non expositorem*. Ubi valde pertimesco, ne forte culpam infidi interpretis incurram. At, si aut superflua quaedam superadiecta esse aut de integritate Graecae constructionis quaedam deesse arbitratus fuerit, recurrat ad codicem Graecum, unde ego interpretatus sum: ibi fortasse inveniet, itane est necne[47].

So pretexto de que es "interpres, non expositor", Juan Escoto se adhiere rigurosamente al método *ad verbum*, pues, según él, sólo mediante el literalismo es posible salvarguardar el pensamiento del autor, y únicamente prescindirá de este método cuando la *proprietas* de la lengua de partida no permita una versión literal en la de llegada[48], a sabiendas de la dificultad de reproducir bien la griega, mucho más clara y mejor, según él, que la latina: "in Graeco significantius scribitur"[49]. Así, pues, su situación es diametralmente opuesta a la defensa de Cicerón y Horacio que hizo San Jerónimo (sin que por ello el escocés deje de alabar al traductor de la Biblia en el primer lugar

[45] Semejantes son los planteamientos de Casiodoro (*Inst.*, I, iv; I, vi, 1; I, xxi, 11), aunque subraya más si cabe la necesidad del carácter divulgativo de las traducciones.

[46] Beda, *Historia Eccl.*, IV, 24.

[47] J. Escoto, prólogo a la traducción del *De caelesti hierarchia* y en general del *Corpus Dionysianum*, dedicada a Carlos el Calvo, en *PL*, CXXII, p. 1032, cursiva mía. Cf. Roques [1973], Chiesa [1987:36-41], Jeauneau [1989] o Copeland [1991:52-53].

[48] "Ideoque solus eorum intellectus separatis verbis per peiphrasis transfertur, ut eorum solummodo virtus intelligatur, quorum interpretatio de verbo ad verbum non exprimitur" (*De divisione naturae*, en *PL*, CXXII, col. 567, citado por Schwarz 1944:77).

[49] *Commentarium in Evangelium Iohannis*, I, xxxi, 1 (*Ibidem*, p. 309).

citado), recomendando incluso no dejarse caer en los muelles brazos de la retórica:

> Quisquis rhetorico verborum syrmate gaudet,
> quaerat grandiloquos, Tullia castra petens;
> ast mihi sat fuerit, si planos carpere sensus
> possem tardilocus pragmata sola sequens.
> Interior virtus sermonum rite tenenda:
> verborum bombi fallere saepe solent[50].

La defensa de la *interior virtus* implica que la forma y la retórica juegan un triste papel, pues el protagonismo le corresponde a la *fidelitas* y, en su defecto, a la *veritas*.

Los sucesivos acercamientos teóricos van a estar entre una y otra posición a lo largo de la Edad Media. Así, por ejemplo, Anastasio Bibliotecario criticará el excesivo literalismo de Escoto y querrá volver a San Jerónimo, con la excusa de que aquel había abandonado una de las premisas de este: la necesidad, pastoral, de llegar a un público más amplio que el selecto capaz de leer el incomprensible (por demasiado literal) texto traducido. El traductor medieval podrá tomar partido por uno u otro, pero en cualquier caso, "la teoria viene 'dopo', serve per giustificare e per prendere coscienza di un lavoro che parte da un livello essenzialmente pratico"[51]. Muy parejos planteamientos encontramos en dos importantes traductores españoles: Alfonso de Cartagena y el Tostado, como veremos abajo. Y ni estos ni aquellos asumen como propio la defensa del método "retórico" ciceroniano, o el "poético" de Horacio.

Porque, como nos advertía Escoto, aparte los diferentes métodos y el mayor o menor conocimiento de la lengua original, una cosa es ser intérprete y otra, *expositor*. Y es que el escocés tiene *in mente* el concepto medieval de traducción, que está intrínsecamente emparentado con la tradición de la *enarratio*, en la que la exposición asume el papel de aplicación hermenéutica y de apropiación textual, como es bien sabido, especialmente a través de los transmisores de la Antigüedad clásica Donato, Servio y Prisciano; o de la sistematización de un Marciano Capella[52]. El comentario acabará desplazando el texto original o de partida; las exégesis, los *accessi* y demás instrumentos o métodos acabarán cobrando un valor muy importante, pues serán los encargados de desvelar los posibles *integumenta* y *gemina doctrina* que esconden los *figmenta poetica*[53]. Pero nunca se producirá la apropiación y

[50] Son los versos que preceden a los *Ambigua ad Iohannem*, de Máximo el Confesor (en *PL*; *ibidem*, pp. 1235-1236).

[51] Chiesa [1987:51].

[52] Véase de momento Marrou [1956:314-350], Gadamer [1975:345-360], Ward [1978:42-44], Copeland [1987; 1991:56-65 y *passim*].

[53] Como subraya el afanoso Bernardo Silvestre en el prólogo a los seis primeros libros de la *Eneida*, donde intenta distinguir el fondo filosófico de la ficción poética: "et veritatem philosophiae docuit et ficmentum poeticum non pretermisit... Si quis ergo *Eneida* legere studeat, ita ut eius voluminis lex deposcit, hec in primis oportet demonstare, unde agat et qualiter et cur, et

emulación del texto de partida, que era el objetivo prioritario de la traducción en Roma. Y por más que la *enarratio* o hermenéutica medieval acabarán asumiendo el rol, el poder y los instrumentos de la retórica, no será con los objetivos de la Antigüedad: "I have suggested that the effect of these rhetorical operations of exegesis corresponds closely with the object of translation proposed in Roman rhetorical writings, that is, the displacement of the original text and the investment of the new text with an originary authority. But medieval commentaries achieve possibly the most forceful difference with texts through their most basic and characteristic practice: the systematic *paraphrase* of texts"[54].

La paráfrasis será especialmente necesaria, además, cuando se use el método *verbo ad verbum* en traducciones "técnicas": para filósofos, teólogos y doctores. Si tenemos en cuenta que este método no equivale exactamente a lo que actualmente se entiende por 'literal', sino que significa una duplicación —a veces, cuando no hay equivalente posible, una transliteración— en latín del texto griego o hebreo (incluyendo partículas y otros "accidentes" gramaticales), el lector, intérprete o discípulo precisará una lectura dirigida por un maestro o sendos y adicionales comentario y aparato. Ni que decirse tiene que esta *exercitatio* y hábitos interpretativos y exegéticos de la *enarratio* (glosas lineares, dobletes sinonímicos, *interpretationes*, etc., etc.) dejarán su correspondiente huella en las versiones medievales, latinas y especialmente romances. Incluso en las dirigidas a un público no especializado o romancista y con un objetivo muy distinto, no profesional o especializado, como tendremos ocasión de ver abajo, al referirme a la versión castellana de la *Ilíada*.

Los esfuerzos de los humanistas italianos por cambiar esta situación y retomar los métodos y objetivos de la traducción expuestos por Cicerón, Horacio o Quintiliano se dejan rastrear en la obra teórica de Leonardo Bruni y en algunas aproximaciones prácticas: todas ellas tendentes a preservar la elocuencia del griego clásico en el latín y a partir, especialmente, del entusiasta Salutati, con el previo impulso de Petrarca. Convencidos de que no hay que traducir con la "científica" literalidad de los escolásticos, sino de mantener el sentido del partida, recubierto con una retórica suficiente, los humanistas rechazan el concepto medieval de *veritas* y apuestan por las versiones *ad sensum, ad sententiam* o semejantes. Además hay que tener presente otro factor determinante: la audiencia —cultos caballeros "amateurs",

---

geminam observationem in his demostrandis non relinquere... Nunc vero hec eadem circa philosophicam veritatem videamus. Scribit ergo in quantum est philosophus humanae vite naturam. Modus agendis talis est: in integumento describit quid agat vel quid paciatur humanus spiritus in humano corpore temporaliter positus. Atque in hoc describendo naturali utitur ordine atque ita utrumque ordinem narrationis observat, artificialem poeta, naturalem philosophus. *Integumentum est genus demostrationis sub fabulosa narratione vertatis involvens intellectum, unde etiam dicitur involucrum*" (*apud* Jones-Jones 1977:1-3, cursiva mía). Cf. Jeauneau [1958], De Lubac [1959:IV,182-262], Dronke [1974:*passim*].

[54] (Copeland 1991:83; subrayado mío).

príncipes, cortesanos, el alto clero ilustrado, profesores y curiales— que fueron creando los humanistas para sus estudios y traducciones latinas cambia totalmente la orientación de las traducciones, pues dichos lectores ya no se acercan "profesionalmente" al libro, sino por placer, por otros intereses diletantes o para imitar a los autores[55]. Por lo tanto, ya no se precisa una traducción "técnica", ni *ad verbum*, ni con farragosas *enarrationes*.

Ni que decirse tiene que su modelo será Cicerón, el defensor de la equiparación del griego con el latín, de la *aemulatio*, del *transferre*, etc.[56]. De acuerdo con el Arpinate, se puede decir lo mismo —y con la misma elocuencia reproducir la *sententia*— en griego que en latín, y, aunque parezca una paradoja —dirá Bruni—, se conserva mejor la *proprietas verborum*, el mejor uso de la lengua, la *concinnitas* y el significado traduciendo, no palabra a palabra, sino por unidades de sentido, como recuerdo abajo con un texto de Cencio de' Rustici referido a Crisoloras, cuyo legado recogerá Bruni y abajo explico y amplío.

No obstante, como he ido diciendo, tampoco se daban en la Italia del Quattrocento las mismas condiciones que en la Roma clásica, derivadas especialmente del bilingüismo y del concepto de emulación, que implicaba traducción "retórica", apropiación cultural y defensa de la *Latinitas*. Además, los métodos medievales seguían y seguirán lastrando los sucesivos intentos[57]. Trataron de compensar dichas carencias —muchas veces, no asumidas; otras, consciente o inconscientemente pasadas por alto— con soluciones metodológicas y prácticas, de índole retórica y "literaria". Obsérvese, dicho sea de paso, que los planteamientos no difieren demasiado de los de San Jerónimo, pues este también indicaba que en la traducción *ad sensum* se podía explayar retóricamente el traductor; la diferencia radica en que el traductor de la Biblia aconseja este método para fines pastorales o para mayor inteligencia del texto de partida, y no tiene en cuenta la recreación retórica, la *eloquentia* de que quieren dotar los humanistas a sus versiones.

Con todo, los humanistas teóricos de la traducción no se manifiestan unánimemente, como tendremos ocasión de ver, aunque parten de algunas premisas fundamentales que se encargará de exponer Bruni en el conocido prefacio a la nueva traducción de la *Ética a Nicómaco* (1416), en el *De recta interpretatione* (1424-26) o en el *De studiis et litteris*:

> *Haec est enim optima interpretandi ratio, si figura primae orationis quam optime conservetur, ut neque sensibus verba neque verbis ipsis nitor ornatusque deficiat...* Ut enim ii, qui ad exemplum picturae picturam aliam pingunt, figuram et statum et ingressum et totius corporis formam inde assumunt nec, quid ipsi facerent, sed, qui alter ille fecerit, meditantur: sic in traductionibus

[55] Cf. Olson [1982:capítulos 5-6 y *passim*].

[56] Véanse, arriba, las notas 16, 18, etc., y cf. Griffiths-Hankins-Thompson [1987:208-210], Hankins [1991:I,42-48].

[57] Como muy bien demuestran Brower [1974:22-36], Bäuml [1980] o Buridant [1983]; Wittlin [1976].describe la práctica cotidiana. En el último capítulo me refiero a los traductores españoles.

> interpres quidem optimus sese in primum scribendi autorem tota mente et animo et voluntate convertet et quodammodo transformabit eiusque orationis figuram, statum, ingressum coloremque et lineamenta cuncta exprimere meditabitur[58].

El buen traductor, que también es preciso que sea, *peritus orator*, (1) debe conocer óptimamente la lengua de partida y sus principales recursos retóricos, para lo cual debe leerse diversas materias, géneros y autores. Ello no significa exactamente que conozca las "equivalencias" léxicas de las palabras griegas, pero sí tiene que comprender bien el texto base (para lo cual deberá conocer el contexto según la metodología de los *studia humanitatis*: gramática, retórica, historia), incluidas las intenciones estilísticas del autor. (2) No menor debe ser su conocimiento de la lengua de llegada, advirtiendo sutilmente la fuerza y naturaleza de las palabras y conociendo sus mínimas diferencias, pues la traducción se ha de adecuar literariamente a su modelo[59]. (3) Y sobre todo, es necesario un buen oído que mantenga la dulzura del original (véase nota 62) y un vasto conocimiento de la materia que se traduce. De lo que se desprende que traducir a los griegos acaba siendo un aguijón para la emulación (aunque sin las condiciones que se daban en Roma) y una actividad histórica, filológica y crítica, como Bruni indica en *De recta interpretatione*.

Aun teniendo todos los traductores esas premisas *in mente*, Sabbadini reconoció y distinguió cuatro tipos de traducción entre los humanistas "quattrocentistas", Gravino los reduce a tres, y a las conclusiones de ambos, repetidas y esquematizadas, hay que remitirse, aunque no deje de haber estudios recientes, parciales o totales, que lo maticen[60]. Y hacen bien, porque, como veremos (aparte los experimentos de Poliziano y pocos más), la diferencia entre los métodos de algunos humanistas, y de estos respecto de los medievales, es de grado. Sabbadini parte, precisamente, del testimonio de un discípulo de Crisoloras, Cencio de' Rustici:

> Sed ut de interpretis natura aliquid dicam, ferebat Manuel, homo sine ulla dubitatione divinus, *conversionem* in latinum *ad verbum* minime valere, nam non modo absurdam esse asseverabat, verum etiam interdum graecam sententiam omnino pervertere. Sed *ad sententiam transferre* opus esse aiebat hoc pacto, ut ii, qui huiusmodi rebus operam darent, legem sibi ipsis indicerent ut nullo modo proprietas graeca immutaretur; nam si quispiam, quo luculentius apertiusque suis hominibus loquatur, aliquid graecae proprietatis immutarit, eum non interpretis sed exponentis officio uti[61].

[58] *De studiis*, en Baron [1928:69, 85-86]; cf. Cicerón, *Orator*, 162 ss.; *De finibus*, I, 3.

[59] Véanse Baron [1928:84-88], Norton [1981:188] o Badia [1981:33-34].

[60] Además de los citados de Folena y De Petris, véase Clarke [1965], Buck [1980], Bruni [1978], Baffi [1978-79], Norton [1981], Chiesa [1987]; complétese con Monfrin [1963:161-190; 1964*a*:217 ss.] y Billanovich [1989].

[61] *Apud* Sabbadini [1922*a*:23-27], cursiva mía; véase del mismo autor [1896:24 ss.; 1900:cols. 209 ss.]; ahora Bottoni [1984].

Desaconseja la *conversio ad verbum*, o versión literal; defiende *transferre ad sententiam*, o sea, la traducción oratoria (o retórica) fiel, y desautoriza *immutare* por considerarlo más propio de un *enarrator*, exegeta o "explanador" que de un intérprete. A las citadas por Crisoloras (reflejo de las ciceronianas), Sabbadini añade la 'traducción poética', o sea, la que intenta ceñirse al metro o al ritmo original, aunque para ello tenga que desviarse de la *littera*; verbigracia, la de Poliziano. Del primer tipo es claro ejemplo la versión de Pilato y, en cierta medida, la de Decembrio; del segundo, el más conocido es Bruni (añádanse Francesco Filelfo, Leonardo Giustinian, Jacopo Angeli della Scarperia, Guarino, etc.); traductores "libres" fueron Salutati, Poggio, Francesco Barbaro o Donato Acciaioli. El problema se planteaba con los dos últimas maneras de traducir. La tercera dio pie a versiones libérrimas; véase, si no, la carta de Salutati a Loschi, aconsejándole que retoque la primera versión de la *Ilíada*, la de Pilato: "si denique poteris, inventa commutans, vel ommitens aliquid aut addens, seriem efficere gratiorem"[62]; o sea, le está aconsejando que, más que traducir, embellezca, aunque para ello tenga que cambiar, omitir, abreviar o añadir; también le indica, consecuentemente, que, por cima de los *verba*, preserve las *res*. Y aunque en un principio parecería que le enderece a aplicar los principios ciceronianos (*vertere*, *transferre*, *imitari*, *aemulari*...), en realidad quiere persuadirle, poco más o menos, de que adapte las técnicas medievales del comentador. A la vista está, por otra parte, que sigue pesando más el "texto de partida".

La cuestión se complica más cuando se hace referencia al cuarto tipo, a la traducción "en verso" (arriesgado sería hablar de 'traducción poética') de Homero u otros; o sea, cuando se pretende tener primordialmente en cuenta el "texto de llegada". Ya lo advirtió Poliziano, que en los mismos años de su versión homérica traducía dos epigramas de Mosco, "non sententiis, sed numeris etiam servatis ac lineamentis pene omnibus" (*Epistolae*, VII, 14). Más tarde declarará (*Misc. Cent. prima*, c. LXXX, p. 288) que en la traducción de los "Lavacri di Pallade" de Calímaco se atuvo a los mismos criterios metodológicos: "Vertimus pene ad verbum, quod grece dicitur παραποδα, non sensu modo, sed numeris etiam, quod est difficillimum, coloribusque servatis". Más que una traducción ecléctica, en la labor interpretiva de Poliziano hay que ver la consideración de cada poema como un *unicum* que debe ser contemplado desde un ángulo particular[63].

[62] *Apud* Salutati [1891:II,356-357], en la edición de Novati; el propio Salutati requiere semejante "rifacimento stilistico" del *De cohibenda* de Plutarco a partir de la traducción de Simone Autumano. Cf. Seigel [1968:116-117], R. Weiss [1977:216 ss.] y Hankins [1991:I,41]. A partir de los consejos de Salutati, Bruni le escribe a Niccolò Niccoli sobre cómo traducir a Platón, cuyo texto "in oratione vero summa facilitas... ut Greci dicunt χαρις ['gracia']. Nihil enim insudationis, nihil violentie: omnia sic dicta sunt, quasi ab homine qui verba atque eorum leges habeat in potestate, ipsa optima ac ditissima natura omnes animi conceptus summa cum facilitate venustateque exprimente" (*apud* Hankins 1991:42).

[63] Sobre Poliziano, véanse Toppani [1955], Maïer [1966:83-98], Orlando [1966], Hynd [1967], Cerri [1977], Levine Rubinstein [1982] y, arriba, nota 5.

También en esta época y nación es harina de otro costal la traducción bíblica y en general de los textos cristianos de la Antigüedad. La mayor parte de estudios ha referido y remitido el problema de la literalidad a la "palabra sagrada"[64] —tal como ocurría en plena Edad Media—, dando, por lo tanto, mayor "margen" a las modificaciones en el terreno de la "palabra profana"; ya sea prosa —donde las *sententiae* dominan—, ya sea verso, entendiendo con este término, en muchas ocasiones, la disposición "en forma" de poema. Como, por otra parte, muy bien entenderá Decembrio cuando se refiere a la interpretación *soluta* en la carta-prohemio de su traducción, dedicada a Juan II y de la que doy cuenta más abajo (pp. 78-80).

Con todo, ni Decembrio ni los citados humanistas, con Bruni a la cabeza, se escapan a las contradicciones arriba mencionadas. Por una parte, predican la versión *recta*[65], rechazan, por otra, el *verbo ad verbum* —como San Jerónimo, aunque lo acabó asumiendo como un mal menor—, pero en contadas ocasiones se alejan de la literalidad, pues esta sigue siendo, al menos, sinónimo de fidelidad al texto clásico y alternativa a las glosas y amplificaciones medievales[66]. Siendo así, de nuevo el texto importante sigue siendo el de partida.

Bruni incluso especializa el verbo *traducere* como sinónimo de dicha "rectitud" y como marca de las versiones de los humanistas, en lugar de los acostumbrados *interpretare*, *reducere*, *transferre* y similares,

> ergo igitur infinitis pene huiusmodi erroribus permotus, cum haec indigna Aristotele indignaque nobis ac lingua nostra arbitrarer, cum suavitatem horum librorum, quae Graeco sermone maxima est, in asperitatem conversam, nomina intorta, res obscuratas, doctrinam labefactam viderem, laborem suscepi novae "traductionis"[67].

Así, pues, el nuevo concepto no sólo se presentaba como un sustituto del anterior *modus interpretandi*, también como una nueva visión y método de traducción. Y si el latín de Bruni no es clásicamente puro, está por encima de la media de sus contemporáneos. Sin embargo, aún quedaba el lastre del general desconocimiento del griego (y, claro, del hebreo). A este propósito, Bruni, anteriormente, ha afirmado que "Aristotelis *Ethicorum* libros facere

[64] Véase Nida [1964], la introducción y bibliografía de Bartelink [1980]; también puede verse Morreale [1963*a* y *b*; 1985], Fabbri [1981:123-127], con exhaustiva bibliografía. En general, Bentley [1983].

[65] Para este concepto, véase Sabbadini [1922*a*:20-21] y De Petris [1975:27 ss.], pero especialmente, Folena [1973:91-120], donde traza la evolución del significado de estos controvertidos términos; véase también Griffiths-Hankins-Thompson [1987:201-229], Hankins [1991:40-48].

[66] Véase, por ejemplo, el interesante artículo de Regoliosi [1982:171], donde hace hincapié en el ataque a los glosadores medievales y al "interesse alla precisa ricostruzione della cultura e ancor più della lingua antica... si manifesta poi soprattuto in opere filologico-documentarie di Pier Candido Decembrio, como i *Grammaticon libri duo*, repertorio di particolarità lessicali, morfologiche e sintattiche"; habla luego de Valla como adalid de este esfuerzo de recuperación léxica, poética, retórica, formal en suma, de la *latinitas* clásica.

[67] *Apud* Baron [1928:75-80].

Latinos nuper institui, no quia prius 'traducti' erant, ut barbari magis quam Latini viderentur. Constat enim illius 'traductionis auctorem...neque Graecas neque Latinas litteras satis scivisse" (*ibidem*). Probablemente, estas ideas las recoge de Cicerón, quien no deja de insistir en ello en varios pasajes de sus obras[68]. No cita Bruni al Arpinate, quizá porque estaba convencido de que no seguía fielmente sus directrices en materia de *transferre* o *vertere* un texto, seguramente porque estaba íntimamente convencido de que era simplemente un *interpres* y porque a veces hubo de sacrificar la *proprietas* latina y adoptar algunas construcciones analógicas del griego.

Intentaron en lo posible, pese a todo, ceñirse a los textos ciceronianos canónicos; pero, *velis nolis*, al revés. Quiero decir que las mínimas perífrasis y amplificaciones que parecen permitirse los humanistas tienen como fin explicar los vocablos griegos que no pueden traducirse directamente al latín[69], sin darse cuenta (o dándosela) de que lo que se pretendía en Roma era sustituir, latinizar, recrear el texto de llegada. Lo mismo ocurre con los epítetos, a los que Bruni dedica un pasaje entero del proemio transcrito abajo (p. 185): suele traducirlos también mediante perífrasis, para lo que pretexta su intraducible condición y que son propios del poeta, no del orador:

> Neque enim, si poetam decet adiunctionibus uti —ut dicat "mare navigerum" et "terras frugiferentes" et "nive cana" et "dentibus albis" et alia huiusmodi—, propterea oratori illa dicere permittemus. Nam poetae quidem multum concedentur..., oratori autem, qui est verritatis actor, haec superflua verborum adiunctio et finem rebus et auctoritatem personae minueret.

El argumento es muy hábil y lo saca, obviamente, de Cicerón (*De oratore*, III, xliv, 173, etc.), tanto para diferenciar "moralmente" al poeta del orador, pues este es *actor veritatis* (*De or.*, I, 15, 64), cuanto "formalmente", pues a aquel se le permiten licencias impensables en este (véase abajo la versión romance). O sea, so pretexto de la necesaria moral del orador (léase 'profesional de las letras, intelectual'), esconde sus carencias interpretativas. Semejante argumento traerá Cartagena en España, aunque con distintos fines, como veremos abajo (pp. 247-249). Decembrio sigue parecidos criterios, pero más escueta y honradamente, pues aduce como justificación la dificultad interpretativa: "Epitheta etiam non ubique servabimus, cum que Grecis litteris merant minus aggravant Latinis".

Conocidas son, por otra parte, la disputa sobre el método interpretativo en que se vio implicado Decembrio (nacido en Pavía, 1399) con Bruni[70], que

[68] Por ejemplo, en *De finibus*, I, iii, 7: "si plane sic verterem Platonem aut Aristotelem..."; cf. Franceschini [1955].

[69] Para ello, para justificar las perífrasis, Decembrio recurre hábilmente al propio Cicerón: "Denique, salva verborum dignitate, ab eruditis viris pertractari possit. In qua re Ciceronis consilio usi sumus, qui in libris *De finibus* sic inquit: 'Equidem soleo quod uno greci, si aliter non possum idem, pluribus verbis exponere'. Et tamen puto concedi nobis oportere ut Greco verbo utamur, si quando minus occurrerit Latinum" (Dedicatoria a Juan II, fol. 92v, *apud De finibus*, I, iii, 7); en general, véanse Clarke [1965] y García Yebra [1979-80].

[70] Basta ver Fubini [1966], Zaccaria [1967] o Hankins [1991:I,117-123].

tendrán su continuación con la de este con Cartagena, a propósito de la tradución de la *Ética a Nicómaco*, y que tanta tinta ha hecho correr. En la disputa estrictamente italiana también se vieron envueltos Guarino, Jacopo Angeli da Scarperia, Pizolpasso, Flavio Biondo, Lorenzo Valla, Maffeo Vegio y otras figuras menos relevantes, como Rolando Talenti, Tito Livio Fruvolisi o Andrea Bartolomeo Imperiali.

El origen de la disputa hay que buscarlo en algunas diferencias de grado sobre el método de traducción más adecuado. Aunque el lombardo Decembrio reconoció el principio de la traducción *ad sententiam* (véase abajo), establecido por Bruni y Crisoloras, su práctica fue más medievalizante que la de estos y Guarino, posiblemente debida a sus menores conocimiento del griego y de la latina *proprietas verborum*. Ello y su relativa defensa de San Jerónimo le harán ser más literal. La defensa del traductor de la Biblia tuvo mayor peso específico en la disputa, pues, no sólo reconoció, con el traductor medieval, que deben ser traducidos *ad verbum* los textos sagrados, sino también los históricos y filosóficos: una actitud que le acerca a Cartagena, su corresponsal español y valedor ante Juan II (véase abajo, p. 247). Así, Decembrio no duda en afear la labor interpretativa de algunos de sus contemporáneos (probablemente las compilaciones de Procopio y Jenofonte que hizo Bruni), por haber añadido, omitido, cambiado y, en suma, falsificado sus fuentes; nos lo recuerda su amigo Antonio da Rho en sus *Dialogi in Lactantium*:

> Hoc loco Candidus inquit... "Sunt qui in traducendis Grecis codicibus non verbum ex verbo, sed sensum exprimant de sensu. Cuius rei magistrum Ciceronem habere se dicunt, qui *Prothagoram* Platonis et *Economicum* Xenophontis et Eschinis et Demostenis duas contra se orationes pulcherrimas transtulit. Sed *quanta in illis pretermiserit, quanta addiderit, quanta mutaverit ut proprietates alterius lingue suis proprietatibus explicaret, arbiter est ad Pamachium escribens utriusque lingue peritissimus ipse Hieronymus.* Oratium quoque virum acutum et doctum legimus interpreti ita precipere: 'Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres' [Ad Pisones,133-134]. Sic Terentius *Menandrum,* sic Plautus et Cecilius, veteres comicos, interpretati sunt. Hec herent in verbis que traducta nequaquam cohererent, sed decorem magis et elegantiam prosecuti sunt. *Verum hec in secularium litteris servanda existimo.* Ubi tamen haud nulli ex nostratibus et coetaneis nostris, qui Greca multa, presertim historias (que veritatem, ut ait Cicero, et amant et exigunt) interpretati sunt, no solum pretermiserunt aut addiderunt aut mutaverunt, ceterum falsa et que ab historia magistra veritatis abhorrent, miscuerint. Et ita illa nequaquam verterunt, sed everterunt. Sunt et alii qui verbum e verbo traducant. Hoc autem sacris in litteris in quibus ipse verborum ordo mysterium est [San Jerónimo, Epis., 165] curandum puto'"[71].

Nótese que establece una clara diferencia entre tres tipos de traducción: (1) los textos sagrados (ciñéndose a San Jerónimo) han de traducirse *verbum ad*

[71] Ms. Ambros. D 105 sup., f. 9r-v; cursiva mía.

verbo, literalmente. (2) Las paráfrasis u otras modificaciones son apropiadas para los textos poéticos. (3) Entre estos dos extremos, los textos históricos y filosóficos, que si no plenamente *ad verbum*, exigen una traducción que respete la *veritas* histórica o la doctrina filosófica[72]. Como vemos, para Decembrio la modalidad interpretativa era una cuestión de grado y estaba en función del género que debía verterse; no lo creyeron así Bruni y otros, pero la práctica a veces les desmintió.

Para las dos vertientes y aproximaciones (teórica y práctica) indicadas anteriormente entre los humanistas (sea cual sea su "rectitud" interpretativa), y para lo pertinente a las traducciones homéricas en general, no hay un trabajo preciso que las compruebe e indique su mayor o menos literalidad o desviación, fidelidad o recreación; tampoco abundan las ediciones. La mejor síntesis es la de Pertusi sobre Leonzio Pilato, obra importante en tantos terrenos; lo que no le exime de algunas carencias respecto a ciertas versiones homéricas a las que se refiere con poca claridad[73]. Sabemos, sin embargo, que Guarino hizo "due saggi di traduzione da Omero, l'uno della Dolonea (*Il.*, X) per il Maggi, l'altro del XXIII dell'*Odissea* pel Gualdo"[74], y se cree, normalmente, que estas versiones, hoy perdidas, fueron en prosa[75]. Sin embargo, la lectura de la carta de Guarino por la que conocemos tal intento (véase Sabbadini, 1915) nos indica, a primera vista, lo contrario: siempre se habla de *versus*. Asimismo, repasando el epistolario guariniano, nos damos cuenta de esta tendencia cuando cita a Homero *sub specie* de hexámetros latinos[76]. Sería, pues, interesante comprobar si Guarino, que en las versiones prosaicas "traduce veramente, mirando sempre al senso, e seguendo passo passo il testo"[77], no hubo perseguido personalmente y metodológicamente enderezado a sus discípulos a un acercamiento más paciente y adecuado al texto. Al menos, era un acercamiento diferente al propugnado por su maestro, Crisoloras, que se refleja en la breve traducción de Bruni del canto nove-

[72] Sobre este particular se excusa ante el duque de Gloucester en el prefacio de su traducción de la *República* de Platón: "Si qua autem a nobis aut licentius repetita aut incultius perscripta videbuntur, ignoscendum curae ac diligentiae nostrae reor, quae a Platonis voluntate nullo lenocinio discedere praesumpserit aut illius auctoritati quicquam anteferre, qui non modo quid deceret, sed quid sentiret elaborare visus est" (*apud* Borsa 1904:519).

[73] Véase Pertusi [1964*a*]; en el Apéndice I, se describen las traducciones humanísticas de Homero. Complétese con Pellegrin [1967] y Pastore Stoccho [1968].

[74] R. Sabbadini [1896:124]; cf. doc. 19, pp. 195 ss; Id. [1915:I,582].

[75] *Vide* Pertusi [1964*a*:522]: "c. 1427, *Iliade*, X e *Odissea*, XXIII, traduzione in prosa (o letterale?) di Guarino Guarini".

[76] Véase R. Sabbadini [1915:I,42]: "hic canis hic oculos cervinaque pectora gestat" (=*Il.*, I, 225); pág. 67: "Quid genus aut stirpem Tidide o maxime quaeris? / Tale viris genus est, quale alta ex arbore frondi. / Namque aliae ad terram vento spirante feruntur, / Silva virens alias sub vernam parturit horam; / Sic hominum stirps una perit, simul altera frondet" (=*Il.*, VI, 145-9); II pág. 89: "Vir medicus pretio multus aequaverit unus" (=*Il.*, XI, 514), pág. 536: "Cum vero ingentis misit de pectore voces / Ut nivis hibernas cumulus sua verba fluebant" (=*Il.*, III, 221 ss.) y otros.

[77] Sabbadini [1896:133].

no de la *Ilíada*[78], donde hay un marcado interés retórico u oratorio: "Homerus... tres orationes in triplici dicendi genere, ex Homero in Latinam linguam erudita quadam metaphrasi converse".

El acercamiento del Aretino a Homero bien puede compararse, al menos por ser semejante el aprendizaje, al de Decembrio. El Lombardo parece resignarse a la imposibilidad de otro tipo de traducción (MS Amb. D. 112 inf., 87v):

> Sed tanta illius [de Homero] dicendi vis atque operis elegantia apud Grecos est ut Latine traductum, aut verbum pro verbo redditum non sonet, aut metri vinculis extra lege copulatum nulla ex parte continere videntur eam quam habet in Grecis concinnitatem. Itaque plerosque id efficere conatos, irrito labore ab incepto destitisse satis liquet; nonnullos vero obstinatius progressos, reprehensionem potius quam laudes retulisse.

Parecidos argumentos utiliza para justificarla ante Juan II: "Scio multis fortasse mirum videri quod poete omnium prestantissimi et doctissimi interpretationes soluta oratione perscripserim. Ex his plerosque descripturos fore nihil absurdius quam poetam eloquentissimum, non modo non absimilem sibi ipsi referre, sed depravare insuper et ex docto indoctum reddere" (*ibidem,* 92r). Así, pues, la opción *ad sententiam* parece prevalecer, habida cuenta además de la deplorable traducción de Leonzio Pilato, que, por supuesto, es rechazada por el traductor latino de la *Ilíada* aquí editada:

> Homeri poete interpretatio paulo ante etatem nostram a Leontio quodam Greco, opere Francisci Petrarce, de verbo ad verbum exarata perhibetur, sed tam inconcinna verbis atque sententiis ut nihil absurdius excogitari possit *(Ibidem).*

Más abajo amplío los rudimentos teóricos de Decembrio y su concepción de lo que deber ser una traducción. Antes, sin embargo, debiéramos referirnos a la que quizá sea (aparte, claro, la de Poliziano) la única traducción métrica, concretamente del libro XIV, recientemente editada por Renata Fabbri[79] y entresacada de una miscelánea humanística de Agnolo Manetti, atribuida por la estudiosa (p. 48) a Francesco Griffolini de Arezzo, no sin antes haber especulado con diversos nombres, entre los que figura Decembrio. Lo descarta en seguida precisamente por lo que acabo de decir sobre las ideas interpretativas del lombardo, o sea, porque Decembrio no cree que sea posible reflejar, en latín o en vulgar, la elocuencia homérica.

[78] Los vv. 222-260: los parlamentos de la embajada a Aquiles, que forman parte, como hemos dicho, del corpus traducido y cuya versión castellana he incluido (pp. 186-194). La misma elección, y su forma prosaica, reflejan el interés predominantemente "retórico" de la traducción de Bruni, en quien influyó asimismo Coluccio Salutati, quien, a su vez, desconociendo casi el griego, tradujo o "remodeló" algunos pasajes de la traducción de Pilato (R. Weiss 1958). Algunos de los hexámetros traducidos de Homero los encontramos en C. Salutati [1951:374], del que Pertusi [1964*a*:143, n. 4] afirma la segura dependencia leontea.

[79] Fabbri [1981:19]; se trata de una "ignota versione in esametri del libro XIV dell'"Iliade", che si trova, adesposta, nel codice Magliab. XXV 626 della Biblioteca Nazionale di Firenze".

Para dicha confutación Decembrio se apoya en Cicerón: "in qua re [el método de traducción] Ciceronis consilio usi sumus...: 'Equidem soleo quod uno Greci, si aliter non possum idem, pluribus verbis exponere' [*De finibus*, I, iii, 7]. Et tamen puto concedi nobis oportere, ut Greco verbo utamur, si quando minus occurrerit Latinum" (*Ibidem*, 92v).

Otra cuestión que desde el principio se plantearon los filólogos y estudiosos, y que enlaza parcialmente con la de la traducción entendida como emulación —tal como querían los latinos—, es la comparación entre Homero y Virgilio[80], que ya en su día había intentado Aulo Gelio (*Noct. Att.*, IX, 9); o sea, la de la cultura griega con la latina. En efecto, como si se tratara de una comparación "a ritrosso", el descubrimiento y revalorización de Homero[81], y la fe ciega depositada en su poesía, van a constituir uno de los más ricos materiales míticos y apologéticos, así como una manera de propiciar la *aemulatio* —a la mente acude en seguida Poliziano— por parte de los bisoños humanistas, ávidos lectores de los preceptos ciceronianos de la *translatio*. Dicha emulación entre los dos clásicos, el griego y el latino, se planteará recíprocamente, en la doble dirección que a los humanistas les llevará a imitar a uno y otro, pues tanto influirá el griego Homero sobre el latino Virgilio como al revés, habida cuenta de que el hábito de leer a Virgilio pesaba mucho a la hora de traducir a Homero. El acercamiento a ambos autores y lenguas, no obstante, se deja conjugar con el estudio genérico de la gramática: "al centro di questa rinascita è lo studio della grammatica, e lo studio comparativo delle due lingue classiche, da riconquistare nella loro struttura più autentica. Questa nuova filosofia del linguaggio, che mette al centro le parole non le cose, è alla base dell'umanesimo"[82].

En este momento y en el contexto humanístico italiano, se pretende destacar la preeminencia de Homero, por su *antiquitas*, que convierte a Virgilio en su *aemulus*, como Poliziano lo es de aquel (y, por tanto, de este) en la traducción y en la creación. Así, cuando el de Montepulciano traduce a Homero tiene en mente la *eloquentia* y el artificio virgilianos, lo que, por una parte, hace que se desvíe en su versión (cuarto tipo) y, por otra, le impide apreciar el verdadero valor del arte de Homero, uno de cuyos componentes fundamentales es la sencillez plástica que subrayaba Cicerón en las *Tusculanas*, V, xxxix, 114 (véase abajo, p. 93, nota 4). Esta influencia "de ida y vuelta" entre ambos clásicos no se limitará, claro, al terreno interpretativo, sino que también se barajarán y estudiarán cuestiones de poética o retórica, o se analizarán afinidades genéricas y temáticas.

[80] Véase, por ejemplo, Sabbadini [1922*a*:48 ss.], Cantarella [1967], Buck [1980:205 ss.], T.M. Green [1982:*passim*].

[81] Digo revalorización porque ya en la Edad Media, intuitivamente, el poeta de Esmirna había alcanzado una estatura mítica; véase, por ejemplo, J. A. Maravall [1957; 1973:289-355]; algo semejante ocurrió en otros países, como indica, para Francia, Silver [1956]; Franco Gianotti [1979] estudia la recepción entre un público romancista, avezado a las sumas medievales.

[82] Gualdo Rosa [1985:181]; cf. Bruni [1978], Anselmi [1981], Chiesa [1987].

El propio Decembrio también tercia a tal efecto en la polémica Homero-Virgilio, y no sólo para hablar de problemas técnicos de la traducción, con su *Vita Homeri*[83], cuya versión castellana estudio y anoto abajo. En este opúsculo establece Decembrio la primera referencia analógica: "...in secunda [obra de Homero: la *Odisea*] Ulixis errores continent; utranque Virgilius in *Eneide* imitatus Enee primus errores, subinde bella abeo gesta describit. Sed cum Homerus opere quam in secundo maior sit, hic in prima, que secunda [la *Odisea*] Homeri partem emulatur, quam in secunda, que prima sequitur [la *Ilíada*], est illustrior". Referencia a la vez estructural y temática, a la que sigue otra que quiere mostrar el intento de emulación formal de Virgilio, basándose en la autoridad de Quintiliano[84], que le proporcionará, asimismo, una ayuda al citar directamente a Virgilio: "Scripsit autem heroico carmine et exametra lege servata, nisi quod spondeo in quinto pede plerumque utitur, quem scribendi morem licet parce Virgilius tamen imitatus est". Se remite a Horacio en lo que respecta a la técnica[85], e incluso apela a Macrobio para proclamar la filiación absoluta del latino respecto del griego[86]. En la explicación, o justificación, posterior de la necesidad de que fuera una traducción *soluta*, dirigida al rey castellano, vuelve a referirse a Virgilio como el único capaz de traducir poéticamente el *ordo* homérico, con lo que, evidentemente, se disculpa de los posibles errores o desviaciones que pueda contener su traducción.

He querido enlazar el esbozo de los inicios de la historia de la traducción humanística en Italia con la *Vita Homeri* porque, como estamos viendo, este breve tratado (en realidad, un *accessus* largo), caótico en su disposición y estructura, también incluye algunas de las cuestiones[87] que van a tener su eco en la Castilla del XV: antigüedad y preeminencia de Homero (y, por tanto, de la cultura griega), posición filosófica, obras y elocuencia, religión y fundamentos morales del vate, relación Homero-Platón[88] y de aquel con la

[83] En el fol. 87r del manuscrito citado; la versión latina y romance las transcribieron, con variantes, Saquero-González Rolán [1988]; hice lo propio en Serés [1987].

[84] "'Homerus quippe', ut Fabius [Quintiliano] inquit, 'omnibus eloquentis partibus exemplum et ortum dedit, hunc nemo in magnis rebus sublimitate, in parvis proprietate superavit. Idem letus ac pressus, iocundus et gravis, tum copia tum brevitate mmirabilis. Nec poetica modo, sed oratoria virtute eminentissimus'" (*ibid.*, 87v); por supuesto, se trata de la tan socorrida *Institutio oratoria* (X, i, 46) de Quintiliano.

[85] "Inter omnes primus, ut Oratius idem affirmat, 'res gestae regumque ducumque et tristia bella / quo scribi possent numero monstravit Homerus'" (88r; *apud Ad Pisones*, 73-74).

[86] "Mihi autem, siquid a poetis memoria dignum perscriptum est, id omne ab Homero scriptum videtur. Nam Virgilii poema nihil habet quod ab huius estilo es ordine discedat; pluribus etiam locis non imitatur sententias dumtaxat, sed transfert, quod nobis explicare facillimum foret nisi a Macrobio exquisitissime perscriptum nosceremus. Ceteri, siquid egregii habuere, ex huius fontibus, ut ita dicam, haustum est" (89v). Los pasajes de Macrobio son de sus *Saturnalia*, V, ii, 9 y V, xiv, 11.

[87] Cf. M. Borsa [1893] y E. Ditt [1931:60-63].

[88] Que recogen la mayoría de estudiosos y traductores, incluido Poliziano, en un escolio a los cinco a los cinco primeros versos del canto cuarto y a través de Proclo, comentando el *Timeo*, y Demetrio: "Extat libellus Demetrii Triclinii philosophi apud Grecos praestantissimi in quinque primos versus quarti libri homerice *Iliados*... Deos enim quosdam et deas describens, et

Biblia[89], y, taraceada, la citada comparación con Virgilio[90]. Se trata, no obstante, de un caos aparente, pues a lo largo de la *Vita Homeri* hay un hilo conductor que recorre todos los apartados: la necesidad de recuperar y reelaborar los antiguos y verdaderos tesoros culturales, los testimonios de la *Antiquitas*, textualmente citados en la mayoría de los casos. No consiste en enlazar elegantemente las diversas opiniones, sino en ofrecer fielmente, tomando a Homero como punto de referencia por antonomasia de dicha Antigüedad, un mosaico de opiniones que van desde lo estrictamente poético, retórico y gramatical (Cicerón, Horacio, Lucano, Quintiliano y Donato) hasta lo filosófico (Platón, Aristóteles, Séneca...), pasando por los antiguos historiadores, biógrafos y poetas (Simónides, Antímaco, Nicandro, Basílides, Éforo, etc.) y la Biblia (Salomón, Jesús Sirac, etc.). Se afana por reconstruir las diversas opiniones y, al mismo tiempo, nos da la medida bastante aproximada del bagaje cultural de un humanista de su época y formación, centrado, como se ve, en las tres principales disciplinas: poesía, filosofía e historia. O sea, que gira en torno de la conocida "disputa delle arti" (véase nota 39 del capítulo II), que, según el parecer de Decembrio arriba citado, exigen diferente traducción.

De modo que, si uno de los ejes centrales del opúsculo era la *aemulatio* virgiliana, otro es la exposición de argumentos sobre la traducción y cuestiones de poética y retórica, a partir de Cicerón y Horacio, principalmente. Parte del segundo para caracterizar la disposición estructural y técnica de Homero y, en general, de toda obra de fuste: el inicio *in medias res*:

> Scripsit primum *Illiadem*, cuius materia a decimo Troiani belli anno sumpsit initium, licet variis subinde interpositis collocutionibus totam historiam precedentium aliorum simul explicavit, quod elegantissime factum ab eo, hiis versibus testatur Oratius: 'nec gemino bellum Troianum, orditur ab ovo; / semper ad eventum festinat et in medias res' (88v).

O sea, se refiere a los célebres vv. 147-152 de la epístola *Ad Pisones*; más abajo se sirve de Horacio para terciar en la polémica historia-poesía, o para ajustar el tema central de la *Ilíada*. También recurre al poeta latino para algunos aspectos relacionados: la "eloquentia eximia et facilis", la "elegan-

nuptias ipsorum et coitus et epulas confingens, hisque imaginibus celestium et meteóron cognitionem adumbrans, illis exquirenda proposuit... Patera autem est uniuscuiusque discus et figura, intra quem vis illa semper vigens, eternum vigorem atque infinitum invergit; quem suscipiunt leti redduntque vicissim, ut in *Timeum* Platonis idem Proclus apertissime comprobavit. Vertunt oculos in Troiam quae ex nominis interpretatione, terre globus est, pro qua mortales inter se iugiter preliantur, cuius causa sol deorsum versus mittit radios ignis naturam" (ms. Vat. lat. 3617, 2v).

[89] Aunque, por supuesto, también se concertó Platón con la Escritura, como dirá mucho más tarde M. Ficino: "Plato noster utramque viam mirabiliter coniunxit in unum et ubique religiosus est pariter atque philosophus, disputator subtilis, pius sacerdos, facundus orator..." (*apud* Klibansky 1939/81:45). Ni que decir tiene que dicha concepción de Platón ya estaba vigente en el siglo XII; basta leer a Abelardo, Juan de Salisbury, Bernardo de Chartres y sus colegas, el comentario del *Timeo* de Guillermo de Conches, etc. Cf. Bentley [1983:60-69], Steel [1990].

[90] Véase Georgii [1969], Closa [1985] y, abajo (nota 56) las palabras de Basini.

tia", la "suavitas mira compositionis", las "proprietates dicendi ita rebus accomodatae, ut pingere non fingere videatur" (88v.). Esta última definición homérica también se encuentra en Cicerón y asimismo la recoge Decembrio: "Non absurdius itaque noster Cicero: 'atqui eius picturam, inquit, non poesim videmus'"[91]; y como este, Decembrio lo atribuye a la ceguera del vate. Quintiliano subraya su originalidad: "Eius adicit virtutibus post multa hec etiam Fabius: 'quid in verbis, sententiis, figuris, dispositione totius operis, nonne humani ingenii modum excedit'" (87v; *apud Ins. or.*, X, i, 50). Donato le proporciona las breves referencias poéticas que tienen que ver con las distinciones genéricas[92].

Otra cuestión afín es la de la materia de los dos libros homéricos, que se puede relacionar con los posteriores ejemplos "retóricos" de Leonardo Bruni, o sea, con las *naturae* de los héroes,

> nam *Iliados* sub Achillis nomine, virum fortem et iracundum, exprimit; *Ulixeam* autem materia prudentem virum et patientem, quos ad alterutrum veluti exemplaria humanae vite anteposuit legendibus, ut ex eventu utriusque unusquisque sibi partes eligat potiores, et utrum ira patientae an fortitudo sapientie anteferenda sit aut postponenda diligentius examinet *(ibidem)*.

Repárese, por otra parte, en cómo el mismo Decembrio encarrila a Homero hacia la ejemplaridad que va a tener para la "cavallería", o sea, para los lectores en romance.

La *Vita*, como anunciaba arriba, también le sirve como justificación de su intentona de hacer su versión de Homero, que fue casi su iniciación en la traducción del griego. Él mismo explica que ya hubo otros que intentaron mejorar la versión del calabrés Pilato. Antonio Loschi, el primero; sin embargo, "hanc metri concinitatem imitari conatus Antonius Luscus, vir etate sua probatissimus... sive operis gravitate deterritus sive temporum, ab incepto destitit" (dedicatoria a Juan II, fol. 92r). El segundo intento (parte del IX canto) fue el de Bruni, cuya versión romance incluimos. Y en Pilato se apoyó Decembrio por tercera vez.

El Lombardo, sin embargo, no sólo tuvo en sus manos el Homero latino de Pilato, también manejó el que le envió a Petrarca el embajador bizantino Nicolás Sigero, en 1353-54; en mitad de una época en que comienza el flujo

[91] *Tusculanas*, V, xxxix, 114; cf. Quintiliano, *Inst. or.*, XII, xi, 5. Sobre la *evidentia* y *enargeia* homéricas, véase R.W. Lee [1982:14], Vega Ramos [1992:331-334] y, abajo, nota 4 de la *Vida de Homero*.

[92] "Prima compositio [la *Ilíada*] tragedie comparatur, secunda commediae, ut a Donato grammatico in Terentii commento explicatus est his verbis: 'Homerus tamen qui fere omnis (exempla) poeticae largissimus est fons, etiam his carminibus exmpla praebuit et velut quandam suorum operum legem praescripsit: qui *Iliadem* ad instar tragediae, *Ulixeam* ad imaginem comoediae fecisse monstratur. Nam post illius tale tantumque documentum ab ingeniosissimis imitatoribus et digesta sunt in ordinem et divisa cuncta, quae etiam tum temere scribebantur, adhuc inpolita atque in ipsis rudimentis haut quaquam, ut postea facta sunt decora atque levia'" (87v; *apud* Donato, *commentum Terenti* o *De comoedia*, I, 5). Véase, abajo, cap. II, nota 50, y la nota 24 a la versión castellana de la *Vita Homeri*. Cf. Spingarn [1949:*s.v.*], Greenfield [1981].

de códices griegos procedentes de Bizancio hacia Europa occidental[93]. La intensa demanda de las obras antiguas hizo que las copias se multiplicaran, y los códices manuscritos de la *Ilíada* datados en los siglos XIV y XV son mayoría. Una fase radicalmente distinta empieza, claro está, con la invención de la imprenta: la *editio princeps* de Homero fue compuesta por Demetrio Calcóndilas, impresa en Florencia por Demetrio Damilas y publicada en 1488; y aunque no se conseva el manuscrito del que partió el editor, era copia de una de las familias identificadas.

Volvamos a aquella copia de *Ilíada* griega que tuvo Petrarca. Le fue prestada a Decembrio en 1439 y él mismo la devolvió en 1446[94]. También se pusieron a traducir al poeta griego Nicolò della Valle[95] y, en una cuidadísima traducción en prosa, Lorenzo Valla[96], aunque, como queda dicho, la más bella versión —aunque "virgiliana"— hay que buscarla en Poliziano[97]. Aparte las quiméricas de Francesco (Griffolini) Aretino, Marsuppini[98], Basinio Basini[99], Orazio Romano, del que nada se sabe[100], y la no menos incierta de Raffaele Volterrano[101].

[93] Véanse los excelentes trabajos de Reynolds [1983:*s.v.*], Reynolds-Wilson [1986:167-177] y Wilson [1994:327-328]. Sobre la biblioteca de Petrarca, Ullman [1973]; sus relaciones con el mundo griego ya las estudió R. Weiss [1952-57; 1953].

[94] Revelador a este respecto es el artículo de A. Pertusi [1964*b*:132-133]. El anterior Homero lo conocemos desde De Nolhac [1907:132, n. 2], del cual da una completa descripción Pertusi [1964*a*]; cf. Ullman [1973]; en general, Lorch [1988].

[95] Murió en 1473; cf. Fabbri [1976]. He visto la traducción impresa en la Vaticana: *Homeri Iliados libri aliquot, partim versi a Nicolao Valla, partim a Vicentio Obsopeo*... Haganoae, 1531.

[96] *Homeri poetae clarissimi Ilias per Laurentium Vallensem Roamanum Latina facta*..., Coloniae, 1522. Hay que situarla entre 1469-1473.

[97] He manejado la que incluyó Angelo Mai [1839] en su *Spicilegium romanum*; cf. Maïer [1966:86 ss.].

[98] Según Pertusi [1964*a*:141 y 522], hay que fecharla en torno al 1430, Fabbri [1981:15] la retrasa hasta 1451-52; sin embargo, teniendo en cuenta que lo cita Decembrio (véase nota 28 de la *Vida de Homero*), tendremos que señalar el año 1446 como término *ante quem*, pero muy probablemente Marsuppini la llevaría a término en los años treinta.

[99] Se la encargó el Papa Nicolás V, y quizá fue anterior a la de Marsuppini; sin embargo, no parece que lo intentara: "Forsitan id rogites, quid non ego vertere magnum / Maenium aggrediar?... / Sed si Virgilii ingenimum mihi grande daretur / doctus ut fuerat, qualis cecinisse videmus / illum, ego si facerem versus, convertere numquam / experiar magni memorabile carmen Homeri" (*Basini Parmensis Opera*, Arimini, 1744, p. 13).

[100] Para Griffolini, véase Fabbri [1981]; supongo que es el mismo Aretino que cita Fabiano [1949:37]. De Marsuppini habla Pertusi [1964*a*:522]; al menos de este se conoce la intención de traducir a Homero: véase Sabbadini [1901], donde ofrece la fecha de 1452. La referencia a Basini la saco de Fabbri [1981:16, n. 26]. El intento de Orazio Romano (Fabiano 1949:37) se remonta al pontificado de Nicolás V: Fabbri [1981:16] extracta una carta que en 1458 Eneas Silvio Piccolomini escribía referida al encargo, "in vero Homeri poemate, quod heroico carmine latinum fieri magnopere cupiebat...", a "Horatius Romanus... *Iliadem* aggressus nonnullos ex ea libros latinos fecit, dignos quos nostra miraretur, prisca non improbasset aetas".

[101] En la carta introductoria de su traducción de la *Odisea* declara haber traducido en verso tres libros de la *Ilíada*: "Han... tibi... mitto simul cum tribus *Iliados* libris, quod dudum iunior carmine qualicumque converti a veteribus illis magnopere laudatos. Primum... Secundum... Nonum" (*apud* Pertusi 1964*a*:395); empero, no quedan huellas de esta versión.

Habida cuenta de que no edito el texto latino del lombardo, sirva la traducción romance —reflejo de un reflejo homérico— para comprobarlo. Pero antes incluiré unas cuantas notas sobre los preliminares de Decembrio a su versión.